

UN CADÁVER AL ÓLEO

JOAQUÍN COPEIRO

narrativa
de DESCRITO
EDICIONES

EPISODIO UNO

Por la puerta entreabierta, a Carla le llegan los compases de un familiar fox-trot. La joven gana el último tramo de escalera, se acerca a la puerta y la empuja. La visión la estremece, pero la joven reprime el grito: un tipo gordo de traje oscuro desenrosca el silenciador de una Luger aún humeante; la sangre brota del pecho de Diana que yace en el suelo; junto al tipo, una bolsa negra de viaje y un sombrero de fieltro sobre ella.

El tipo la mira boquiabierto. La sorpresa lo entorpece cuando pretende enroscar de nuevo el silenciador al cañón de la pistola. Carla se oculta con ambas manos la parte inferior de la cara. Así ahoga de nuevo el grito, retiene la respiración. A la velocidad de una bala, su mente discurre que aquel calvo acaba de matar a su madre. Ella será el blanco del próximo disparo. Mira un instante al tipo: calvo, pómulos salientes, cejas pobladas, ojos minúsculos, labios gruesos, nariz roma, barbilla protuberante. Carla se desbloquea y salta ágilmente hacia la escalera. Se traga los peldaños de tres en tres. El caracol de la escalera se torna embudo abisal. Carla vuela sobre los descansillos apoyándose en la barandilla, vuela sobre los escalones. Siente al calvo a su espalda. ¡Joder con el gordo! Unos vecinos abren la puerta en la segunda planta. ¡Jesús, qué prisas! El tipo frena su carrera porque los vecinos se le interponen. Carla gana distancia y llega al zaguán. Mira hacia arriba y distingue al calvo detrás de los vecinos. Decidida, brinca a la bicicleta en que ha venido desde la biblioteca municipal y se echa a la calle para pedalear con todas sus fuerzas. Antes de doblar la esquina, vuelve la mirada. El gordo se ha detenido a

mitad de la calle, ha dejado en el suelo la bolsa de viaje y se abanica con el sombrero de fieltro para tomar aire. Carla deduce que ya no va a perseguirla. ¡Uf! Pero ella sigue pedaleando contra el viento, contra las lágrimas, contra el terror. ¡El calvo ha matado a su madre! ¡La ha matado! Y esa cara... ¡Esos pómulos, esas cejas, esa nariz...! También él se habrá quedado con su rostro y con su figura. Deberá esconderse de momento por si acaso, y para pensar qué hacer. No le queda otra. Pero no sólo esconderse; refugiarse además: las bombas caen otra vez sobre Figueras. Carla acelera su ritmo: con los pedales hasta el jadeo y la asfixia, hasta casi romperse las piernas, mientras una lluvia de cristales y cascotes siembra la estela que va dejando la joven. La iglesia de Sant Pere se le ofrece como la posibilidad más segura de sobrevivir al bombardeo y de ocultarse del calvo entre sus muros. Esconde la bicicleta en el pórtico y penetra en el recinto. Sorprendentemente, el templo está vacío y Carla aprovecha el silencio reinante para olvidarse de las bombas y llorar por su madre, y para decirse a sí misma lo que ha de hacer: tienes que aguantar aquí un par de horas, aunque cese el bombardeo; tienes que acercarte luego a tu casa, si es que sigue en pie, para cerciorarte de que tu madre ha muerto; tienes que coger dinero y salir en busca de Sam, y que él avise a tu abuelo, y que ambos dispongan las medidas, porque aquí, con la maldita guerra, lo lógico es que nadie pueda ocuparse del caso ni de detener al asesino; no obstante, debes antes dar parte de los hechos, llamar por teléfono al cuartel de la guardia civil.

En la silente nave de Sant Pere, la única compañía de Carla son las lamparitas votivas de la entrada. Ni cura, ni monja, ni sacristán, ni feligresa, ni feligrés, ni siquiera mosca alguna. Es como la lógica patas arriba: nadie busca refugio en la iglesia y quienes hubiera en ella han debido de echarse a la calle a pesar de las bombas. Carla solloza un buen rato. Descargada por el llanto, recompone su ánimo, mira la hora, afina el oído para confirmar que ha terminado el bombardeo y decide regresar.

Poco después, gana el rellano de escalera en que se encuentra su vivienda. Se acerca sigilosa a la puerta, esquivando los cristales rotos por las bombas. La puerta se halla cerrada. A punto de introducir su llave en la cerradura, oye voces dentro, que la paralizan. Pero Carla es de pensamiento ágil, decidida. Por eso, renuncia a abrir la puerta y opta por subir hasta la azotea. La entrada está un tramo más arriba. Sale a la terraza. Por unos instantes observa las columnas de humo que pueblan la ciudad, escucha las voces y los gritos de la calle, las sirenas de las ambulancias. Pero enseguida se aproxima a la claraboya que da al saloncito de su casa. Con todos los sentidos en tensión para sobreponerse a los ruidos de la guerra, observa y escucha cuanto acontece abajo: tres tipos, ninguno de ellos el calvo, se dedican a sentar el cuerpo inerte y medio rígido, sin duda muerto, de su madre, con abrigo y sombrero, en una silla, mientras otro, que tampoco es calvo y que sostiene con una mano el cuadro recién pintado por Diana, intenta hablar por teléfono. Insiste una y otra vez. Carla aguza el oído. «¿Francia, señorita, Francia?». Los otros han conseguido acomodar perfectamente a su madre. Nadie diría que, como ya está segura, hace unas horas que se ha ido para siempre. Carla retira la mirada que las lágrimas le enturbian. Se limpia con las mangas del chaquetón y vuelve a escrutar a través de los cristales. El tipo del teléfono desiste y da una orden, ¡será el jefe!, a uno de los otros, que sale de la habitación y regresa al poco con un radioteléfono. El jefe ahora logra comunicarse con quien sea. «*Allô, allô!*». Pero enseguida baja la voz, porque probablemente la buena calidad de la comunicación no precise del grito. Y Carla ya no consigue escuchar nada más. Deduce que el fulano ha logrado conectar con Francia y ve cómo a su madre se la llevan entre dos como si aún viviera, y no es así, por desgracia, sentada a la sillita de la reina. El jefe entrega el cuadro al cuarto tipo y la comitiva abandona la vivienda.

Desde arriba, Carla observa que junto al lugar ocupado por el cadáver de su madre hay algo escrito, pero no alcanza a distinguir

su contenido. ¡Se han ido, no van a volver, y ella tiene que saber qué pone ahí! Baja a su casa todo lo deprisa que le permite el sigilo con que se mueve. En esta ocasión abre la puerta. En el suelo, unas palabras trazadas al óleo parecen componer una frase incompleta: «Entregar el cuadro a mi padre es vit...». Por tanto, Diana aún no estaba muerta cuando ella escapó del calvo corriendo escaleras abajo. ¿Podría haber hecho algo por su vida? No. El calvo la hubiera matado también. Pero ahora sí que hará lo que tenga que hacer. «Vital, entregar el cuadro a mi padre es vital». Dos temores le quiebran el alma: el de que aquellos tipos sean cómplices del calvo y el de que ahora vayan en busca de su abuelo. ¡Dios, el abuelo! Y abandona corriendo la vivienda.

Desde el zaguán, ve un Dodge sedán negro con los cuatro tipos dentro, encajada detrás su madre entre dos de ellos. Carla cree que el cuadro va en el maletero. Saca su bicicleta del hueco de la escalera y, cuando el sedán arranca, no duda en invertir todas sus energías si fuera necesario y toda su astucia para no perderlo de vista. Pero el trasiego en las calles es continuo: vehículos militares, coches de bomberos, camiones cargados de muebles o de tropas, ambulancias, gente escarbando desesperada entre las ruinas de los edificios. La circulación se ralentiza, pero no por ello resulta menos difícil perder de vista al Dodge: driblar vehículos, sortear cascotes, evitar a peatones, atravesar atascos. No obstante, llegan a una plaza, próxima a las afueras, y el coche atraviesa el único portalón de la zona. Carla observa desde lejos. Los minutos se suceden, se dilatan, se tornan eternos. Al fin, las enormes puertas se abren y salen el coche y un camión. En el coche sólo viaja su conductor; en el camión, al parecer, únicamente el chófer y su acompañante. El cuarto hombre ha debido de quedarse tras el portalón. Carla intuye que el cuerpo de su madre y el cuadro, van en el camión. Por eso, al advertir que las direcciones de ambos vehículos difieren, no lo duda tampoco: se lanza en pos del camión. La joven piensa que acaso vayan ahora a ocuparse del abuelo. Pudiera ser, pero ¿en camión, con cadáver y cuadro, como ella supone?

El camión abandona la ciudad y se dirige directamente hacia el castillo de San Fernando. Cuando se dispone a penetrar en el recinto amurallado, no lo hace solo, sino que varios vehículos similares entran antes o después que él. Por eso Carla se afana en memorizar que se trata de un ЗНС ruso, matrícula GE-5031.

¿A dónde irán tantos camiones? Un momentáneo desconcierto embarga a la joven. Es verdad que podría preguntar por el capitán Miquel Roig, buen amigo de su madre. Pero, frente al temor de que los del camión sean cómplices del calvo, como seguramente lo son, Carla cree que no debe dejarse ver, por si acaso. Aún dubitativa, advierte que del castillo sale un compañero de la Facultad: se trata de Joan, el hijo de uno de los cocineros de San Fernando.

—¿Carla, qué haces por aquí? Es peligroso andar por la calle y más junto al castillo.

La mente de Carla produce de inmediato una respuesta convincente:

—Pero estoy buscando a mi madre, que ha venido a ver al capitán Roig.

—Pues ya puedes tener cuidado, que hoy nos están machacando.

—Ya me cuido, ya. Oye, ¿qué pasa ahí con tantos camiones?

—Van a Francia.

O sea, que Francia, donde vive su abuelo: desde luego que corre peligro.

—¿Francia?

—Sí, llevan cuadros y otras obras de arte, para salvarlas de los bombardeos. Y a propósito de tu madre, el otro día me la encontré en Telégrafos.

—¿En Telégrafos?

—Sí, estuvimos charlando de ti, de que hacía algún tiempo que no te veía. Por cierto, que la vi muy nerviosa, no cesaba de mirar alrededor. Me pidió que la acompañara a casa.

—¿Y eso?

—No lo sé. Sé que intentó mandar algún telegrama. Y luego

me rogó que la acompañara. Yo me preocupé, porque la noté muy nerviosa y no hacía más que volver la cabeza. De vez en cuando me preguntaba que si el calvo venía detrás. «¿Qué calvo?», le dije yo. «Ese, que no deja de acosarme». Pero yo no vi ningún calvo. Estuve por buscarte para contártelo. Luego pensé que a lo mejor todo eran suposiciones de tu madre. Y ya no le di importancia.

Carla realiza verdaderos esfuerzos de contención, al tiempo que su mente trabaja a una velocidad endiablada. No puede permitir que su rostro refleje el más mínimo rastro del dolor que la oprime. Y su plan de perseguir a los del ЗНС debe continuar adelante.

—¿Y cuándo salen?

—¿Quiénes?

—Los camiones esos.

—¡Ah!, si pueden, esta noche, para evitar los bombardeos.

¡Tiene tres o cuatro horas todavía, un tiempo precioso para hacer todo cuanto se le está pasando por la cabeza, si la guerra no lo impide!